

La declaración

Un cuento de la vida real

Tendrías que pedirle relaciones ya hijo, le decía un día y otro su madre a Venancio, -algo tonto de tan bueno que era- nosotros luego faltaremos y tú tan solo... Y si la quieres...

Y es que algo sabía la madre, por habladorías de la gente, no por confidencias del tontarra de su hijo, -como ella decía- hecho ya un mozacón que tenía edad para recogerse.

Parecía ya cierto que Venancio andaba en escarceos, como gato en celo, por fin, tras las faldas y no le disgustaba a ella que aquel buen hijo de su alma se quitase de encima la pereza y el miedo.

El pobre Venancio no tuvo hermano alguno que llevarse al juego y con el que compartir sus penas y alegrías. Los amigos le empezaban a faltar.

Ella, la madre, reconocía que lo había malcriado un poco, siempre andando tras él.

- Hijo mío estate quieto. Venancio no hagas esto. No seas malo Venancio. Y luego, mira Venancio, ten mucho cuidado; que no te engañen Venancio.

Y claro, Venancio se estuvo quieto, no hizo aquello, no fue malo, y tuvo mucho cuidado y no se dejó engañar. Y hete aquí pues, que a aquellas alturas, ya comenzaba a estar incómodo en la colmena del hogar. Era una especie de zángano, como decía su madre, que se estaba haciendo viejo y luego no podría tomar el vuelo nupcial.

Ya se decía mucho por aquellas calendas, que Dios los cría y ellos se juntan y a fe que hay mucho de real en el aserto. O que cada oveja con su pareja, con méritos también para aplicar al caso. Fuera como fuere, que Venancio por fin ya andaba hacía tiempo tras los pasos de una moza del pueblo, hacendosa mucho, se sabía, algo maciza, buena, rayando ya los albores lozanos de la mujer y él intuía que se podían llegar a querer, por esas cosas que él sentía siempre que acertaba a verla. Casi estaba seguro. Pero el gran problema estaba en cómo decírselo a la moza o dárselo a entender. A él nadie le había enseñado nada. ¡Aquella manía de los pueblos..., tener que ser siempre el hombre el primero en hablarle a la mujer...!

Al buenazo de Venancio le costaba algo el distinguir bien entre el te quiero y el te amo. Debo ser algo raro, se decía, y duro de mollera también.

Tendría muchos apuros si un día se decidía, porque decirle te

amo no sabía si podría, porque le daría vergüenza. Cada vez que recordaba que un día se puso colorado al ver besarse a unos novios... Y decirle te quiero le parecía poca cosa. Porque querer, él quería mucho; quería a sus padres, a sus animales de trabajo y compañía, quería a sus vecinos y amigos... En fin, que era el único verbo que se sabía bien.

Y sin embargo, para su caletre, que algo tenía que haber de diferencia entre los simples quererer y los amores. Pero exteriorizar sus buenos deseos por medio de la mágica palabra amor es lo que le daba tanto apuro.

Pensó que, si bien parco en palabras, podría pasar a los hechos, que a veces tanto gustaba. Luego, tiempo habría para hablar y decirse cosas y a lo mejor ni siquiera tenía necesidad de andar con tantas pamplinas y zarandajas, tantas palabras para confirmar lo que ya casi todos sabían.

-¡Ea, hay que hacer algo!, se dijo. La veré más y la buscaré en el huerto, me haré el encontradizo en la fuente, iré más al pajar, le tiraré piedras al balcón, que dicen que estas cosas son como una ceremonia que hay que hacer.

Y con todo ésto, aquella moza pasó de pronto de ser casi una convidada de piedra, en los devaneos amatorios del pueblo, a objeto de intrigas y diretes.

Porque algo ganó la moza en estimación social, que suele ocurrir y a punto estuvo de sufrir el acoso de algún otro mozo, que quiso competir con Venancio.

Pero Venancio se dio cuenta, puso en práctica sus fogosas promesas. Bailó más con la moza y hasta la abrazó un poco más y la acompañó siempre que pudo, para que vieran; la vio en el huerto y también refrescó sus calenturas en la fuente. Le tiró piedras al balcón, marcó bien su zona y auyentó a los moscones.

Pero con todo, a lo más que llegó el bueno de Venancio fue a decirle muchas veces, que él tenía muchas cosas a las que quería mucho, y se las enumeraba a la moza, y ponía ojos de carnero modorro.

Y en una de esas ocasiones fue cuando la moza, que se sabía ya de memoria toda la letanía de Venancio, cansada le dijo:

-Mira, pues si también a mí me quieres, hablas con mi padre, mañana entrarás ya en casa.

Y en esas quedaron sin mediar más palabras, quedándose el pobre Venancio helado, evitando los achuchones que estaban a punto de llegar.

No sabía bien Venancio cómo decirle al padre de la Petra que ellos ya eran novios, le daba mucho miedo. Porque, si le decía que la quería le parecía poco, era como compararla con la perra Pinta. Y decirle que amaba a su hija le daría mucha vergüenza, no sabía si podría. Él se armaba un verdadero lío con esas palabras. Y total para qué, si él sería un buen cumplidor.

El día aquel se plantó todo tieso en la puerta. Tomó aliento, que la aventura no era para menos, se mesó el pelo para calmar los nervios y llamó.

–¡...ieeee..., tío Juan...!

–Adentro, adentro, le contestaron desde la cocina.

–Buenas, dijo azorado Venancio.

–Buenas, asíéntate Venancio, y se hizo el silencio.

Claro que el padre ya lo sabía todo. Se situó él en la piel del Venancio y rompió el hielo tras la pausa, que a Venancio le pareció eterna y a la vez pequeña. Compuso una sentencia con palabras que había oído y le dijo.

–Mira hijo, la Petra es muy buena y trabajadora, y valiente, y honesta, y no ha conocido a varón. Y si tú la quieres...

Al oír esto Venancio estuvo a punto de desfallecer de puro gozo. Se sintió feliz al oírse llamar hijo por aquel hombre. No comprendía cómo le estaban saliendo tan bien las cosas y con tan pocas y comprensibles palabras. Agachó la cabeza para que no le vieran el rubor que le subió a la cara.

Le parecía muy poco a Venancio contestar que él también la quería y sin apenas darse cuenta pronunció con toda solemnidad la palabra que durante tanto tiempo se le había resistido.

–Y yo la amo. ¡Hala, ya está!